

# LA FORMACIÓN Y EL DINAMISMO DEL OBRAR CRISTIANO EN EL MENSAJE DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

LETICIA BAÑARES

Como es sabido, es propio de la vocación del laico vivir el cristianismo en medio del mundo ordenando a Dios las realidades temporales. Esta doctrina —hoy común— fue predicada por el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer desde 1928.

En estas breves páginas se pretende simplemente subrayar una consecuencia de ese mensaje, a saber: la intrínseca necesidad de los laicos de recibir una honda formación espiritual y doctrinal para poder llevar a cabo esta misión. Se trata, en definitiva, de alumbrar en el fiel laico la secuencia del ser cristiano, de la verdad de su conocimiento y de la libertad en su obrar.

Para el Beato Josemaría entender así el papel del fiel laico en la Iglesia y en el mundo supone considerar con particular profundidad que el mundo es «bueno»: y es bueno porque lo ha creado Dios. Pero, además, Dios ha creado a los hombres a imagen y semejanza suya y ha querido que prolongásemos la obra de la creación<sup>1</sup> y fuésemos también colaboradores en la Redención. Desde esta perspectiva, la misión del laico adquiere una nueva dimensión, ya que «Cristo, muriendo en la Cruz, atrae así la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»<sup>2</sup>. Se presupone en los fieles laicos una actitud creativa; no obstante, esta actitud debe ser fruto de entender la propia existencia como una invitación de Cristo a cooperar en la Redención. A su vez, para esto es necesario alimentar adecuadamente la inteligencia iluminada por la fe de modo que todo el obrar libre pueda ser orientado por el amor de Dios.

1. «Hemos de amar el mundo, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo Unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios». JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 112, Madrid 1973.

2. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 59, Madrid 1975.

De este modo, en la medida en que la llamada a la santidad es universal y el ámbito pertinente de la santificación del fiel laico es el mundo, con toda la amplitud que posee este término (comprendiendo todas las realidades temporales), cualquier fiel —en sus circunstancias concretas— debe llegar a ser capaz de descubrir la voluntad de Dios para vivir tal como Dios ha dispuesto para cada momento de su vida, y así dar testimonio de su fe.

Si respecto al *sujeto* el fiel laico, como todo cristiano, necesita —además de la gracia— una inteligencia alimentada por la verdad y una voluntad que sepa optar por el máximo amor de Dios en cada acto; respecto al *objeto* de su obrar, todas las actividades pueden y deben convertirse en un medio para ese encuentro constante con Dios: «En rigor, no se puede decir que haya nobles realidades exclusivamente profanas, una vez que el Verbo se ha dignado asumir una naturaleza humana íntegra y consagrar la tierra con su presencia y con el trabajo de sus manos»<sup>3</sup>.

Se abre entonces un panorama distinto: se hace patente de nuevo que la santidad no está vinculada al cumplimiento aséptico de unas reglas de vida rígidas establecidas de antemano, y cada cristiano, también el fiel laico, se convierte en protagonista auténtico —asistido con las luces y gracias del Espíritu Santo— de su camino hacia la santidad. De un camino en el que parte de lo que Dios le pide consiste, precisamente, en ejercer su libertad en la ordenación de las realidades temporales.

1. Humanamente hablando podría parecer que potenciar de este modo la libertad personal dificulta todavía más alcanzar la santidad: sin embargo, éste es el querer de Dios para los fieles laicos y por tanto, resulta necesario para que la proclamación de la llamada universal a la santidad pueda llevarse a cabo. Tal planteamiento sólo cabe en un ámbito de confianza —y de gracia— inagotable por parte de Dios, donde la libertad del hombre comparece como un regalo «imprescindible» para llevar a cabo una tarea que le excede. Es necesario que el cristiano sea consciente de que, en este juego de libertades, es Dios quien ha tomado la iniciativa, pues, de otro modo, no se alcanza a entender el misterio de la libertad humana.

La llamada a la santidad debe ser entendida como un acto de amor por parte de Dios, y como tal ha de plantearse todo cristiano su correspondencia en el obrar. Sólo así se logra la connaturalidad con el querer de Dios —necesaria para reconocer su Voluntad— que no es fruto de un empeño humano, sino de un trato asiduo y confiado con

3. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 120.

Él. Es decir, la correspondencia a una llamada/vocación supone, además de *querer* corresponder, *conocer* bien el contenido de lo encomendado para poder llevarlo a cabo con fidelidad. «Hemos de amar a Dios —afirma Escrivá de Balaguer— para así amar su voluntad y tener deseos de responder a las llamadas que nos dirige a través de las obligaciones de nuestra vida corriente: en los deberes de estado, en la profesión, en el trabajo, en la familia, en el trato social,...»<sup>4</sup>.

La vocación del cristiano no se reduce entonces a un momento concreto, como tampoco se limita a ciertos aspectos de la vida ordinaria, «la fe y la vocación de cristianos afectan a toda nuestra existencia y no sólo a una parte. Las relaciones con Dios son necesariamente relaciones de entrega, y asumen un sentido de totalidad»<sup>5</sup>. La vocación, como llamada de Dios, es también una realidad dinámica que el cristiano debe ir descubriendo —y a la que debe ir respondiendo— a lo largo de toda su existencia: «no es una sola la llamada de Dios. Considerad además que el señor nos busca en cada instante»<sup>6</sup>.

Al aplicar estos principios a la misión del laico en el mundo verificamos que su función no puede limitarse a salvar los escollos que encuentra en su camino hacia la santidad, sino que su tarea peculiar tiene un carácter señaladamente positivo y es una empresa ambiciosa, pues a los laicos «corresponde de forma específica la tarea, *inmediata* y *directa*, de ordenar esas realidades temporales a la luz de los principios doctrinales enunciados por el Magisterio; pero actuando, al mismo tiempo, con la necesaria autonomía personal frente a las decisiones concretas que hayan de tomar en su vida social, familiar, política, cultural, etc.»<sup>7</sup>.

De este modo, cada fiel laico —ante las circunstancias más diversas de las realidades temporales— goza de una completa autonomía y es, eso sí, personalmente responsable de sus decisiones y actuaciones. Tal responsabilidad por parte de cada cristiano se apoya en la gracia de Dios que recibe cada uno para el cumplimiento de su misión, y en la formación que la Iglesia, «llamada a formar parte en la acción educadora divina» está obligada a procurar a sus miembros<sup>8</sup>.

2. En este punto se plantea la premura de todo cristiano por adquirir una «adecuada formación doctrinal»<sup>9</sup> para estar en condiciones

4. *Ibid.*, n. 17.

5. *Ibid.*, n. 46.

6. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, n. 196, Madrid 1977.

7. *Conversaciones*, n. 11.

8. Cfr. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 61.

9. *Conversaciones*, n. 2.

de adquirir cada uno «sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve» y tomar «sus propias decisiones»<sup>10</sup>. En palabras recientes de Juan Pablo II: «la formación no es el privilegio de algunos, sino un derecho y un deber de todos»<sup>11</sup>; pues la formación es un medio para que cada uno esté en condiciones de realizar su misión. Si hablar de libertad y responsabilidad personal en la vida cristiana de los laicos no es una concesión sino el reconocimiento de una característica de su camino, la formación tampoco puede ser un «privilegio» puesto que es el presupuesto necesario para encauzar esa libertad.

Son muchas las ocasiones en las que el Beato Josemaría insiste a los laicos en esta necesidad de formarse bien, hasta el punto de considerarla como un deber grave; ya que la formación resulta algo imprescindible para ser coherente con la fe —también en la iniciativa personal— y llegar a ser testimonio constante de Cristo con el ejemplo y con la palabra<sup>12</sup>.

El Beato Josemaría, a la vez que hace hincapié en la libertad como don de Dios, destaca que la formación es una condición —prevista por Dios— para poder administrar bien esa libertad según el querer de Dios. De esta manera, el fiel laico se capacita para poder cumplir su misión específica —«ordenar las realidades temporales»—, tarea para la que también cuenta con luces propias y gracia de estado<sup>13</sup>.

En esta línea, resulta muy significativa la distinción que el Beato establece entre la «libertad de las conciencias» y la libertad «de conciencia». En *Surco* puntualiza: «Libertad de conciencia: ¡no! —Cuántos males ha traído a los pueblos y a las personas este lamentable error, que permite actuar en contra de los propios dictados íntimos. Libertad “de las conciencias”, sí: que significa el deber de seguir ese imperativo interior...¡ah, pero después de haber recibido una seria formación!»<sup>14</sup>. Una vez más se pone de manifiesto que la libertad reclama una sólida formación necesaria para adquirir «el criterio que ha de tener un hijo de Dios»<sup>15</sup>. En el mensaje de Josemaría Escrivá de Balaguer ésta es la razón primordial por la que el cristiano ha de formarse pues, de otro modo, no podría hacer buen uso de su libertad. Por el hecho de que para el laico su obrar transcurre en el ámbito civil y secular de las realidades humanas, se entiende la específica necesidad de adquirir esta formación para cumplir su misión en la Iglesia y en el mundo.

10. *Ibid.*, n. 116.

11. *Christifideles laici*, n. 63.

12. Cfr. *Conversaciones*, n. 2 y 73.

13. Cfr. *ibid.*, n. 59.

14. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 389, Madrid 1986.

15. ID., *Forja*, n. 450, Madrid 1987.

El Beato Josemaría también considera la formación de los laicos necesaria en cuanto el cristiano está llamado a ser «portador de humanidad y transmisor de una novedad eterna»<sup>16</sup>. Por todo ello en sus escritos —y en su predicación— hace referencia al esfuerzo y a la dedicación que habitualmente lleva consigo la tarea de recibir esta formación: «el apóstol necesita ser un alma largamente, pacientemente, heroicamente formada»<sup>17</sup>. Ciertamente no cabe disociar en el cristiano la santidad a la que está llamado y su misión de transmisor de la fe, pero, precisamente por ello, tampoco sería lógico atribuir la necesidad de esta formación exclusivamente a su tarea apostólica. No, la formación es un medio imprescindible para descubrir cada uno la voluntad actual de Dios y ser capaz de «ordenar las realidades temporales» según el querer de Dios, condición «sine qua non» para ser apóstol.

En este contexto, el Beato insiste también en la formación de todos los cristianos como rasgo necesario para ser fiel al mensaje de Cristo: «la lealtad exige hambre de formación, porque —movido por un amor sincero— no deseas correr el riesgo de difundir o defender, por ignorancia, criterios y posturas que están muy lejos de concordar con la verdad»<sup>18</sup>. Este compromiso también fue recordado por el Concilio Vaticano II en la Declaración *Dignitatis Humanae*: «Los fieles, en la formación de su conciencia, deben prestar una atención diligente a la doctrina sagrada y cierta de la Iglesia [...] El discípulo tiene para con Cristo Maestro la obligación grave de conocer[...] cada día mejor la Verdad que de Él ha recibido, de anunciarla con fidelidad y de difundirla con firmeza»<sup>19</sup>.

Conviene advertir que, así como la formación en los sacerdotes y en los religiosos tiene ya unos cauces formales establecidos y sus actividades ordinarias, habitualmente, están relacionadas con el carácter *público* de su misión eclesial; en el caso de los fieles laicos no es así. De ahí que sea especialmente oportuno subrayar el deber y la necesidad de la formación para todo cristiano. Por otra parte, no hay que olvidar que el público al que se dirigía, habitualmente, Escrivá de Balaguer estaba compuesto por fieles laicos —en los primeros años en su mayoría universitarios— llamados a santificarse en la vida ordinaria, en el ejercicio de su trabajo profesional<sup>20</sup>.

16. ID., *Surco*, n. 419.

17. ID., *Forja*, n. 841.

18. ID., *Surco*, n. 346.

19. CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, n. 14.

20. Pedro Rodríguez en la edición crítica de Camino —una de las primeras obras del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer— comentando unas palabras del autor en las que se refiere a los destinatarios del libro afirma: «Encontramos aquí reunidos y explicados, veinte años después, los elementos de la *intention* del Autor que hemos ido encontrando en sus escritos contemporáneos al libro: contemplación, oración, acción, trabajo, vida interior, y

Por estos motivos el Beato Josemaría dio tanta importancia, a lo largo de su vida, a la formación personal: tanto en sus escritos como, sobre todo, en su labor de almas<sup>21</sup>. De ahí que hayan sido muchas y muy variadas las iniciativas de todo tipo que promovió o animó a promover con este fin: «...he concebido siempre mi labor de sacerdote y de pastor de almas —decía—, como una tarea encaminada a situar a cada uno frente a las exigencias completas de su vida, ayudándole a descubrir lo que Dios, en concreto, le pide, sin poner limitación alguna a esa independencia santa y a esa bendita responsabilidad individual, que son características de una conciencia cristiana. Ese modo de obrar y ese espíritu se basan en el respeto a la trascendencia de la verdad revelada, y en el amor a la libertad de la humana criatura. Podría añadir que se basa también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no ha querido cerrar»<sup>22</sup>.

En resumen, en el mensaje del Beato Josemaría la libertad de los laicos en el cumplimiento de su misión específica exige una particular responsabilidad para adquirir una formación profunda y actualizada, sólo así el cristiano se dispone para ser una persona de recto criterio capaz de constituirse —en las más diversas situaciones en las que se encuentre— en testigo autorizado de Cristo.

que resume en esta nueva fórmula: llegar a ser “almas contemplativas en medio de la calle”. «Camino». *Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez*, JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Obras Completas*, I/1, Madrid 2002.

21. «La misión principal de la Obra (se refiere al Opus Dei) ...es pues la de formar cristianamente a sus socios y a otras personas que deseen recibir esa formación». *Conversaciones*, n. 27.

22. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 99.